

LOS 11 PERDIDOS

Horas antes de la desaparición, se encontraba John Walter en la estación leyendo un periódico. Él era un escritor que había asistido a una feria de literatura en Boston. Llevaba con él un maletín de cuero negro con ideas para libros, rimas y alguna breve lectura para el viaje. Se dirigía hacia Providence ya que en el centro de Boston había rumores sobre un posible enfrentamiento entre la mafia italiana y la irlandesa, además de tener su casa allí. Tras el aviso del maquinista sube a bordo y entra en uno de los compartimentos del tercer vagón. Deja su maletín en el suelo y se sienta. Minutos más tarde entra en el mismo compartimento un hombre peculiar. Llevaba un traje negro junto con una chaqueta larga y un sombrero amplio con una pluma roja muy llamativa. Se sienta junto a Walter.

– Buenos días. ¿Le importa que me siente junto a usted?

– No, tranquilo. Mientras no haga mucho ruido... –respondió Walter mientras sacaba papel y pluma.

– ¿Es usted escritor? –dijo el hombre del sombrero.

– Así es. A menudo voy apuntando ideas que me vienen para más tarde hacer relatos. ¿Y usted? –preguntó Walter.

– ¡Oh! Yo solo soy un pequeño mago de teatros de barrio. –respondió.

– ¿Puede enseñarme algún truco? –preguntó Walter con ilusión—. Siempre me ha parecido curiosa la magia. Nunca he entendido cómo los más simples trucos hacen ver a las personas cosas tan increíbles.

– Por supuesto. Pero que sepa usted que la magia no es más que eso, un truco, una ilusión. Por ejemplo–dijo sacando su mano de la chaqueta—. ¿Ve este libro? Le resultará familiar.

– Pero si es igual que... –se sorprendió mientras comprobaba su maletín.

– En efecto es el suyo. ¿Sabe cómo se lo he quitado? –preguntó mientras se lo devolvía—. Ha estado tan centrado mirando la pluma roja que llevo en mi sombrero que ni se ha percatado de mi mano buscando en su cartera. La sutileza del movimiento producido en los ganchillos por el aire lo convierte en algo hipnótico del que la vista no puede escapar. Así la gente pierde atención sobre lo que le rodea, llegando a perder la memoria a corto plazo.

– Fascinante –dijo Walter mientras posaba de nuevo su maletín.

Mientras hablaban ya habían subido todos los pasajeros, muchos de ellos parecían de la alta burguesía de Boston ya que estaban en un vagón de lujo. Todos

llevaban trajes de alta costura y joyas relucientes de color plata y dorado. Desde la ventanilla del vagón se podía ver a los señores tomando whisky en el minibar. Minutos después, pasa el revisor por el compartimento para comprobar los billetes. Walter entrega el suyo y mientras lo examinan, el Mago abre la ventanilla del compartimento y se acomoda hacia ésta misma.

– Su billete señor.

– Aquí tiene. –dijo el Mago mientras le entregaba un billete caducado.

Al revisor le costaba examinar ese billete sin estar constantemente mirando las banderas de la pluma que oscilaban. Perdió de tal modo la concentración que ni siquiera leyó la fecha de caducidad y acabó devolviéndoselo.

– Que pasen buen viaje.

Durante el viaje, Walter y el Mago hablaron de los rumores acerca de los mafiosos. El Mago estaba convencido de que los que se encontraban en el vagón de lujo eran los grandes mandamases de la mafia italiana. Había oído hablar acerca de un intercambio de 11 millones de dólares para comprarles un negocio ilegal de alcohol a los irlandeses, ya que comerciaban desde el puerto en terreno italiano. Para evitar la confrontación realizarían la compra de la empresa en ese mismo tren.

– ¿Me estás diciendo que hay 11 millones de dólares en el vagón de al lado? – exclamó Walter.

– No se altere, pero...–dijo el Mago bajando la voz–. Es muy probable que la policía esté preparando una operación para detenerlos. Y si los italianos se han enterado tratarán de esconder el dinero en algún sitio, lo que a los irlandeses no les hará mucha gracia cuando comience su negociación. Quizás deberíamos prepararnos para lo peor.

De pronto sale del vagón lujoso una mujer con un vestido y un collar de perlas con una cartera de mano negra. El Mago espera a que pase de largo y se levanta para ir tras ella.

– ¿A dónde va? –preguntó Walter–. Aún no me ha dicho de dónde ha sacado todo eso.

– Voy al baño un segundo –respondió–. No se preocupe, es todo cuestión de leer bien el periódico.

Al rato vuelve de nuevo la mujer del vestido y unos metros detrás el Mago. Él se sienta de nuevo junto a Walter.

– ¿Qué ha escrito esta vez, Walter? ¿Algo sobre la magia tal vez?

– Puede que todo esto de las mafias sea una buena idea para una novela. – respondió.

– ¿Y dónde escondería usted 11 millones de dólares? –volvió a preguntar.

Walter se queda un instante pensando. –En algún sitio oculto a plena vista. Pero desde luego no en un tren–. Ambos se ríen.

– Hace usted bien, señor Walter.

Un rato después el maquinista anuncia que llegarían al final del trayecto en unos 10 minutos. Al enterarse, Walter se levanta para ir al orinar, dejando su abrigo en el asiento. En ese momento el tren pasa por un túnel, lo que hace que apenas se vea nada dentro del mismo ya que no tenía casi iluminación en el vagón de los aseos. Cuando entró al baño estaba vacío y olía bastante mal. El retrete era un sencillo agujero en el suelo del tren y a través de la madera se veía cómo las vías pasaban a gran velocidad. Producían un sonido que le daba una sensación curiosa a Walter, como si le estuvieran masajando los oídos de manera rápida. Mientras terminaba, se escucha un disparo. Y otro. Y otro más. Estalla un tiroteo. El tren frena de manera brusca. Walter cae hacia atrás y se queda inconsciente unos segundos. Tras levantarse aún persistían los disparos, <<Debo salir de aquí cuanto antes>> pensó. Enseguida se incorporó y recogió el maletín negro del suelo que cayó en la frenada. Cuando salía por el oscuro pasillo, se choca con alguien de frente. Walter no le presta atención y sigue hasta llegar al exterior. Lo primero que se encontró fue a la policía rodeando el vagón donde estaban los mafiosos. Le ayudaron a llegar hasta la entrada de la estación. Desde allí logró volver a su casa y decidió dormir una buena siesta.

A la mañana siguiente, mientras Walter tomaba su café, pensó en empezar a redactar una novela sobre lo que le había pasado el día anterior. Para ello, necesitaba sacar las ideas que tenía apuntadas. En el momento en el que abrió la cartera, se dio cuenta que no tenía sus apuntes, sino 11 millones de dólares.

